



ZAPATA TENOR

MÚSICA
PARA
LA VIDA

FROM BACH TO RADIOHEAD

PRÓLOGO DE ROBERTO LEAL

ZAPATA TENOR

MÚSICA PARA LA VIDA

From Bach to Radiohead

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Manuel Zapata, 2021

Publicado por acuerdo con Thinking Heads Group, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones del interior: © archivo del autor, © Javier del Real, © Refat / Shutterstock, © Alamy / ACI, © Diego Carrillo, © Sebastian Hoppe, © Isabel Sánchez Bella, © Lebrecht / Private Collection / Album, © Coll. Jonas / Kharbine-Tapabor / Album, © Alamy / ACI

© Eladia Blázquez [«Corazón al sur», p. 29], © Warner Chappell Music Spain [«Las simples cosas», pp. 24-25, letra y música de Armando Tejada y César Isella],

© Fundación Mario Benedetti (c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria, www.schavelzongraham.com) [«Te quiero», pp. 115-117]

Primera edición: enero de 2021

Depósito legal: B. 21.726-2020

ISBN: 978-84-08-23726-6

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

Prólogo. <i>La buena música</i> , de Roberto Leal.	13
Sinfonía. <i>Aquí empieza todo</i>	17
1. Obertura: el niño viejo cantor	27
2. Anacrusa: ¡mi pequeño Mozart!.	49
3. <i>Andante ma non troppo</i> : Fantas, tapas y Perales .	57
4. <i>Grazie, caro maestro</i>	67
5. El conservatorio y los Tres Tenores.	85
6. <i>Adagietto</i> : de Madrid... al infierno	101
7. En la calle, codo a codo, somos mucho más que cien voces.	111
8. <i>4' 33"</i>	119
9. <i>Nessun dorma</i> y la esperanza	125
10. Necesitamos maestros	133
11. Valencia: alegría, hermoso destello de los dioses... 143	
12. La señora de los ojos cerrados	153
13. <i>From Bach to Radiohead</i>	173
14. <i>La sonámbula</i> . El miedo llama a la puerta	185
15. <i>From MET to Sacrohill</i>	195
16. <i>Aria da capo</i> y el valor de reinventarse	219

17. <i>Concierto para Zapata y orquesta</i>	233
18. Maria versus Violetta o por qué la emoción y la entrega mueven el mundo	243
19. No solo de <i>Nessun dorma</i> vive el hombre.	257
20. <i>Las cuatro estaciones</i> de Vivaldi, Rosalía y el arte de no crear.	279
Epílogo. <i>Music for a while. Bach forever</i>	285
Agradecimientos.	295

1

Obertura: el niño viejo cantor

Pan..., pan..., pan..., pan..., pan..., pan... Como podréis imaginar, el inicio de este capítulo no es una elegía al carbohidrato ni al alimento que más me gusta en el mundo, en cualquiera de sus tipos y formas. Intento simular tipográficamente el latido de un corazón. Como esto es un libro y no emite audio, para poner en marcha este corazón y su latido quiero que miréis el segundero de vuestro reloj —espero que tengáis uno normal y no uno de esos artefactos multiusos que lo último que pretende dar es la hora.

A continuación, os ruego que empecéis a decir: «Pan..., pan..., pan...», en bucle, sin parar, hasta que consigáis que tres de esos *pans* entren en cada segundo que os marque vuestro reloj. ¡Venga! ¡Que casi lo tenéis!

Si lo estáis haciendo con ritmo continuo y bien —si no es así, se confirma que sois seres arrítmicos, como bien pensaban familia y amigos—, ¡estaréis simulando un latido de entre unas 160 y 180 pulsaciones por minuto! ¡Enhorabuena! Habéis conseguido emular un *allegro vivace* con vues-

tros *pans* —quien piense en *Pans & Company* tiene un grave problema de adicción al bocadillo precocinado.

Ese mismo ritmo es al que late el corazón de un feto en la octava semana de gestación. Y exactamente a ese ritmo late una de las partes en las que se divide el maravilloso *Réquiem* de Giuseppe Verdi (el réquiem es una obra musical compuesta para ser interpretada durante una misa de difuntos). ¿Por qué digo esto? ¿Qué relación veo yo aquí?

UNA VEZ MÁS, QUE LA MÚSICA ES LA ÚNICA DE LAS
ARTES QUE NOS ACOMPAÑA SIEMPRE, DESDE EL VIENTRE
MATERNO HASTA QUE NOS VAMOS DE ESTE MUNDO.

La literatura, el cine o la pintura se incorporan a nuestras vidas a lo largo del tiempo, pero la música, que es melodía, pero también ritmo, empezamos a crearla con nuestros corazones prácticamente desde el preciso instante en que somos.

En mi caso, no recuerdo ser sin la presencia de la música. Y no recuerdo ser sin haberla amado en una ingente multitud de formas, estilos y maneras. Tanto es así que todos los recuerdos que atesoro y que me trasladan a la niñez o a la adolescencia brotan asociados a alguna canción o disco.

Creo que, para entender mejor cómo la música golpeó mi vida hasta convertirme en tenor de ópera —y cómo puede revolucionar la vuestra—, os tengo que contar un poquito de mi atípico camino. Por lo tanto, ¡empecemos por el principio!

Nací en un barrio donde el lujo fue un albur,
 por eso tengo el corazón mirando al sur,
 mi viejo fue una abeja en la colmena,
 las manos limpias, el alma buena.
 Y en esa infancia la templanza me forjó,
 después la vida mil caminos me tendió,
 y supe del magnate y del tahúr,
 por eso tengo el corazón mirando al sur.
 Mi barrio fue una planta de jazmín,
 la sombra de mi vieja en el jardín,
 la dulce fiesta de las cosas más sencillas
 y la paz en la gramilla de cara al sol.
 Mi barrio fue mi gente que no está,
 las cosas que ya nunca volverán,
 si desde el día en que me fui
 con la emoción y con la cruz,
 ¡yo sé que tengo el corazón mirando al sur!

Esta maravillosa canción de Eladia Blázquez me representa en cada uno de sus versos. A pesar de llevar más de la mitad de mi vida por los mundos de Dios —a veces, de Yupi—, mi alma, mi corazón, siguen mirando al sur, ese sur que me vio nacer en Granada, todavía con la «malafollá» en pañales, un 31 de julio del año 1973. Lo hice en la clínica de la Salud, que era uno de los dos hospitales privados existentes en la provincia nazarí en aquella época, lo que no significa que yo provenga de una familia con posibles. Para nada.

Mi padre era taxista. Eso sí, tenía la licencia número uno de la capital. Ese era todo el caché que poseía: ser el número uno de un trabajo que la mayoría de sus colegas deploraba.

En cuanto a mi madre, como no podía ser de otra forma en la época, era ama de casa. Aunque, a decir verdad, la que era ama de mi casa no era mi madre, sino mi abuela. En aquellos tiempos —dijo Jesús a sus discípulos—, el hecho de que los abuelos viviesen con padres y nietos era de lo más normal. (Durante la crisis del 2008, de manera forzosa, volvimos a ser hogares de los setenta en este aspecto.) De hecho, en muchos casos, como fue el mío y el de mis hermanos, los niños eran criados más por los abuelos que por los padres.

De los primeros días de mi vida me niego a hablar, porque no me acuerdo y porque lo único que ha llegado hasta mis oídos son rumores infundados que insisten en que yo era un pequeño orco que devoraba primero lo líquido y luego lo sólido, de manera emocional y compulsiva, y que no paraba de berrear..., obviamente siempre a deshoras.

La música, como os decía unos párrafos atrás, me ha acompañado siempre. A la música me he entregado como escuchante, e igualmente como intérprete. Siempre me atrajo cantar. También tocar, aunque como era un niño bastante vago e indisciplinado, cuando me intentaron enseñar lo que hoy llaman *lectura musical*, y que en décadas anteriores se denominó *solfeo* —el nombre de aquella enseñanza te condicionaba sobremanera a la hora de empezar—, no pasé por el aro.

Yo vivía en el primer piso de un edificio enclavado en un barrio obrero de Granada. Esos edificios estaban conectados internamente por un patio de luces bastante grande, al que podías acceder si tenías la suerte de vivir en el primero. Vivir en aquel piso era como hacerlo en Finlandia, con

su noche de seis meses. En aquella casa, el sol no entraba por ningún sitio en invierno..., y en verano, tampoco. Durante el estío solo entraba el calor. Un calor que, en Granada, en julio y agosto, es tan asfixiante como nadar entre lava derretida.

La cuestión es que poder acceder desde mi casa al patio de luces era cómodo para tender la ropa, charlar con los vecinos, dejar algún que otro trasto... Pero, sobre todo, para sacar a tu nieto Joselito a darlo todo —este apodo no es por mi nombre, sino en homenaje a aquel niño cantor portentoso de los años sesenta que en los noventa seguía teniendo casi el mismo tamaño y el tipo de voz atiplada...

Así es. Mis primeras actuaciones públicas se produjeron cuando yo contaba con apenas tres años, y mi primera mánager y representante fue una de las personas a las que recuerdo haber amado más: mi abuela Concha. Abuela..., cómo te echo de menos y cómo me gustaría que estuvieses leyendo esto, o quizá, mucho mejor, mirándome escribirlo.

Ella fue la que me presentó a uno de los referentes musicales de mi vida y al que apodaban curiosamente el Mudo, Carlos Gardel. No sé si lo sabéis, pero aparte de haber compuesto música de una belleza sin igual, fue Gardel quien popularizó el tango cantado, ya que, en sus inicios, esta música argentina se utilizaba solo para acompañar la conocida danza. Suya fue la primera canción que dicen que canté, porque yo no me acuerdo: *Noche de Reyes*. La letra decía: «Pero una noche de Reyes cuando a mi hogar regresaba, comprobé que me engañaba con el amigo más fiel...». ¡Un dramón! Yo no lo entendía, pero por lo visto cantaba con madurez y con algo que llamaban *hondura*. Un día, una

vecina me espetó en la escalera de casa: «Niño, eres muy bonito, pero parece que te has tragado a un viejo».

Al parecer, mis actuaciones provocaban el delirio de las vecinas, que aplaudían emocionadas ante las increíbles dotes cantoras de aquel ruseñor... o, mejor dicho, gorrión (siempre me sentí más ave común).

Era terminar la canción —durante bastante tiempo fue siempre la misma— y caer dulces o caramelos desde el octavo piso —estos últimos engordaban igual, pero hacían mucho más daño—. Creo que lo que recuerdo de manera más fidedigna era cómo brillaban, encendidos por el amor y el orgullo, aquellos hipnóticos ojos grises que atesoraba mi abuela Concha.

¿Sabéis? Muchas veces me he preguntado qué empuja a un *moco* de tres años a cantar en público cuando la mayoría de los niños de esa edad, delante de tanta gente, lo único que buscan es la espalda de su madre para esconderse. En mi caso, después de un ejercicio de introspección, creo que entonces me impulsaba exactamente lo mismo que me impulsa ahora y que dejó de hacerlo durante unos años, como os contaré más adelante.

Dos cosas: la primera es que **cantar me hacía sentir felicidad.**

CREO FIRMEMENTE QUE EN EL ACTO DE CANTAR,
TOCAR O ACTUAR HAY IMPLÍCITA UNA ABSOLUTA
BIDIRECCIONALIDAD: EL ARTISTA SE SIENTE DICHOSO
EN LA MISMA MEDIDA QUE LO ES SU AUDIENCIA.

Os aseguro que la gran mayoría de los grandes artistas con los que me he cruzado en el camino sienten esto que os acabo de decir.

La segunda me la descubrió hace unos años la periodista Julia Otero, que contaba en antena como el genio Wolfgang Amadeus Mozart, siendo aún un crío y ante la pregunta de un aristócrata europeo sobre cuál era la razón que lo empujaba a componer, a viajar, en definitiva, a renunciar a tantas cosas, él respondió: «Excelencia, **la razón es sentirme querido**». Ese ha sido y es el porqué de que muchos de nosotros entreguemos nuestra vida al escenario y a la voz. Por lo menos en mi caso, os aseguro que es así.

Estaréis sonriendo al pensar en los tremendos emolumentos que cobran las grandes estrellas de la música y que muchas veces se hacen públicos en los medios de comunicación. Pensaréis: «Sí, sí... Pablo Alborán cobra 100.000 euros por un concierto. Como para no sentirse “querido”, ja, ja, ja». ¿Os acordáis de cómo empezó el artista malagueño? Colgando y regalando en YouTube las canciones que grababa en su casa con su guitarra. Y como él, la mayoría de los músicos y artistas que se os vengan a la cabeza. Lo hacen/hacemos por ese profundo instinto de dar y sentir felicidad, y de querer y sentirnos queridos. Primero llega la vocación y, luego, la profesión. Si la vocación te abandona durante la profesión... *Tutto è finito*.

Una cosa antes de proseguir. Si estáis esperando que en cualquier momento de este relato os cuente cómo descubrí a Beethoven o a Verdi a los tiernos cuatro, cinco o seis años de edad, y de qué manera perdí la cabeza cantando sus inspiradas melodías cual monstruito prodigioso... ¡Esperad

sentados! Esa no es mi historia. De hecho, yo, a estos y otros ilustres compositores, los descubrí muuucho más tarde. Casi en el límite de no poder dedicarme a interpretarlos por cuestión de edad.

Esto me ocurrió a mí, pero seguramente os ocurrió a los que leéis esto y posiblemente les ocurrirá a vuestros hijos, si no lo remediáis, por dos motivos fundamentales. En primer lugar, porque la mayoría de las familias *normales* del mundo no se ponen a Mozart ni a Chopin para desayunar ni para animar un guateque (fiesta de jóvenes que se celebra en una casa particular y en la que se baila y se bebe... o, al menos, eso es lo que era en las décadas de 1950 y 1960. ¡Gracias, RAE!). En segundo lugar, porque donde nos deberían educar de manera más profunda la sensibilidad, en la escuela, en los centros de enseñanza, los grandes músicos de la historia no están ni se los espera. Luego hablaremos de esto.

La música que escuchan los padres de uno condiciona mucho. ¿A vosotros no? Haced el ejercicio conmigo. Cerrad los ojos y recordad el radiocasete o el tocadiscos que sonaba en vuestra casa cuando teníais cuatro, cinco, seis años. O, mejor aún, pensad en las canciones que vuestros padres ponían en el coche cuando os ibais de vacaciones a la playa o al pueblo, cuando todavía ni se atisbaba la dictadura infantil en la que se ha convertido el hilo musical de los viajes familiares actuales. Os aseguro que, si hoy no idolatráis a Cardi B o a Bad Bunny, algo bueno hicieron vuestros progenitores. Tened esto muy presente siempre, mis queridos lectores con vástagos.

En mi caso, la influencia fue definitiva sobre todo por-

que yo fui un crío de un precoz romanticismo vital, digno de estudio. El *spoticasete* de mis padres estaba formado por Adamo, Los Panchos, Lucho Gatica, Los Indios Tabajaras —unos cantantes que versionaban toda la música terrestre con unas cuantas guitarras españolas—, Julio Iglesias... Ya no es que no supiera quién era Rossini, es que ¡no sabía quiénes eran los Beatles! ¡Ni Pink Floyd! ¡Ni los Rollings! Yo era todo melodía, ritmo sencillo y suave, y azúcar..., mucho azúcar.

Sé a ciencia cierta que no me vais a creer, pero ¿sabéis con qué edad me enamoré por primera vez? ¿Estáis preparados? No sé ni por qué pregunto, porque estoy seguro de que os voy a sorprender de todas formas. En ese sentido, fui un niño muy precoz.

Toda mi educación preescolar y primaria la recibí en la Escolanía de la Virgen de las Angustias, un colegio concertado, como se dice ahora, y que formaba parte de la parroquia homónima. Allí entré con cuatro años y con esa tierna edad conocí el amor... Sí, parece increíble, pero así fue. El primer amor de mi vida fue mi seño María Amelia. Estaba hasta las *tranquitas* por ella...

Preescolar fue un año de emociones y nervios por culpa de ese inconfesable y desapasionado amor. Para colmo, da la casualidad de que cuando nos fuimos de vacaciones ese año a una de esas casas que albergan una comunidad de cucarachas *halterófilas* en Calahonda, un pueblecito de la costa de Granada, la seño María Amelia estaba allí. También veraneaba en aquellas fosas marianas con orilla. ¡Qué nervios! Ya con cuatro años intentaba meter tripita en la playa al pasar delante de aquella, para mí, diosa, cuarenta

años mayor. A mí me daban igual los años que nos distanciaran, porque yo ya me había quedado con la copla de la frasecita esa de que el amor no tiene edad.

Tanto yo como los demás niños que veraneábamos en Calahonda intentábamos sobrevivir a las corrientes, el agua helada y el fondo abisal que había al avanzar una cuarta desde la orilla, mar adentro. Porque allí dar un paso suponía estar mar adentro. Ahora frecuentamos playas que te cubren las ingles a dos kilómetros de la orilla y sonrío cuando me veo tan pendiente de mi hija —que ha ido a clases de natación antes de acercarse siquiera al mar— para que no se ahogue.

La del setenta fue una generación que aún no sé cómo llegó a la edad adulta. Los padres nos tiraban al mar con dos manguitos. Si pasaban cinco segundos y la criatura en cuestión no se había ahogado, le quitaban uno, y si pasaban otros cinco y seguía respirando, el otro manguito también iba a tomar por saco. Y eso que mis padres eran de los precavidos: más temerarios eran los que soltaban a los niños con una cosa fabricada con tecnología de la época, una especie de *poliespán* —cómo absorbía agua aquello— que se colocaba a la espalda, de color rosita Barbie, al que llamaban *burbuja*. Yo la probé un día y, a pesar de saber nadar, casi me ahogo con ella.

Otra cosa que crea ahora mucha ansiedad es el tema de la piel. A nosotros nos embadurnaban de crema de zanahoria, nos colocaban los manguitos y nos tirábamos doce horas al sol. Esa noche padecíamos fiebre, malestar, íbamos al baño sin encender la luz del pasillo porque éramos *gusilucos...*, sí, era un horror, pero a los dos días llegaba a casa la ¡Pellejo Party! Mis hermanos y yo nos arrancábamos los

unos a los otros la piel a tiras, literalmente. Tras terminar con las nuestras, íbamos a por las de nuestros padres. ¡Qué divertido nos parecía aquello, por Dios! ¡Aquellas pompas de líquido que se formaban en la espalda! En aquella época todavía no se le tenía el mismo miedo al cáncer de piel. De hecho, al día siguiente volvíamos a aquella playa de guijarro gordo para seguir tostándonos. Y la seño María Amelia seguía por allí..., y yo seguía muy enamorado.

La música siempre estaba presente. Recuerdo como si fuese ayer ese transistor debajo de la sombrilla, mono —para los despistados, no me refiero a que fuese bonito, sino a que no era estéreo—, de cinco kilos de peso, sonando por las tardes con aquellos programas de música a los que los oyentes llamaban para dedicar canciones: «Y hoy, en el día de su quince cumpleaños, sus padres felicitan a Evita Gómez con el tema del Dúo Dinámico —¡que ya entonces era un clásico!— *Quince años tiene mi amor*». ¡Qué bonito era aquello! Escuchar esa música, mirando enamorado a la seño, mientras el aceite de oliva del quinto bocata de atún del día me chorreaba por las manos y la barriguita.

Acabada la canción y finiquitado el bocata —a mí me sobraba media canción para acabármelo—, ¡al agua, patos! Pero con cuidado, por el famoso corte de digestión. Te ibas metiendo poco a poco... Como si, por hacerlo despacio, fuese a subir la temperatura de aquella agua del Antártico emanada en pleno Mediterráneo. Si Greenpeace hubiese tomado mediciones de la temperatura del agua de Calahonda, habría descubierto mucho antes que de calentamiento global, nada. ¡Vamos de cráneo hacia la cuarta glaciación!

QUÉ VERANOS AQUELLOS... SIEMPRE ACOMPAÑADOS
DE ALGUNA CANCIÓN O MELODÍA A LA QUE
ENTONCES CASI NO DÁBAMOS IMPORTANCIA, PERO
QUE AÑOS DESPUÉS RESUMEN TODA UNA ÉPOCA EN
NUESTRA MEMORIA. ¿RECORDÁIS LAS QUE OS
MARCARON A VOSOTROS?

Aquellos veranos parecían mucho más largos que los de ahora. Terminábamos el colegio sobre el 21 de junio, coincidiendo a menudo con las fiestas del Corpus granadino. La feria de Granada molaba un montón. Cuando yo era muy crío se celebraba en el centro, muy cerca de casa, no como ahora, que se hace en un descampado en las afueras en el que hay que instalar palos gigantes para enganchar la luz. Cómo recuerdo aquellos *cochecicos*, que es como llamábamos nosotros a los coches de choque. Es curioso, pero en esta era de constante evolución, las ferias itinerantes siguen llevando a pueblos y ciudades prácticamente las mismas atracciones que hace cuarenta años. Los cochecitos con volantes falsos sobre raíles, el pulpo, la noria del tamaño de PinyPon o los coches de choque... A estos últimos sí que les ha perjudicado el paso del tiempo.

En aquella época, montarse en aquellos pedazos de hierro electrificado era una actividad de riesgo. Para empezar, porque tenías que sobrevivir a los resbalones que te pegabas por aquella pista hasta llegar al coche. El suelo parecía estar cubierto por una sustancia similar a la grasa, no sé para qué: quizá para que sobreviviese el más fuerte.

Hace poco estuve en una feria en Illescas, que es donde vivo ahora, y me subí a los coches de choque con mi chica. Cuando pisé la pista para ir hacia el cochecito, lo hice con una precaución innecesaria. ¡Aquello no resbalaba! ¡No había grasa! ¡En ese suelo se podían comer sopas! No me había dado tiempo a dar más de dos pasos, atenazado por el cague, cuando ya estaba todo el mundo sentado en sus vehículos y listo para atropellar al señor mayor. No me quedó más remedio que esperar al siguiente turno.

Sin embargo, no me amedrenté y le dije a mi chica: «¡Mejor! Así vemos qué coche corre más...». Porque eso era lo que pasaba en los ochenta. Había siempre un coche dopado que corría y embestía mucho más que el resto. Ese siempre lo solía coger, a codazos y con amenazas, el futuro *delincuente* del barrio. Yo nunca lo cogí durante esos años de juventud y, quizá por eso, en Illescas pensé: «¡Ahora me toca a mí!». Qué desilusión sentí cuando me di cuenta de que todos los coches corrían exactamente... ¡igual de poco! Estuve a punto de devolver las fichas al ver aquella procesión. Pero, ante la insistencia de mi chica, no me quedó otra que subir y aburrirme.

Creo que la mayor decepción llegó cuando me senté en una de esas carracas y me encontré con... ¡un cinturón de seguridad! Definitivamente, la cobardía de nuestra especie la hará pervivir. ¡En mi época nadie se ponía el cinturón de seguridad en un coche de verdad! Como para ponérselo en un coche de choque...

Pese a ello, me propuse ser optimista y busqué un choque frontal para darle emoción al asunto. Yo esperaba lo que recordaba de mi infancia. Un choque de frente en aquellos

años siempre terminaba con algún diente fuera y el aumento grave de la presión intracraneal de alguno de los implicados. De hecho, he llegado a pensar que los test esos que ahora hacen las marcas de coches con los *dummies* amarillos en aquella época los hacían con nosotros en las ferias. Aquel choque no provocó ni que se me separara la espalda del asiento... ¡Qué decepción!

Y luego está el tema de la elección musical... ¡Qué horror, todo el rato reguetón! A lo largo y ancho de la feria. Sin embargo, en este momento del relato he de confesar una cosa: no me acuerdo de la música de feria de nuestra época. Mis recuerdos musicales de ferias y fiestas nómadas están muy condicionados por la aparición de Camela. Esa música debió de introducir un troyano en mi memoria, porque os juro que no recuerdo que sonara ninguna otra cosa en las ferias de aquellos años.

Después de este ataque de nostalgia *vintage*, propongo que avancemos unos años para seguimos contando mis pasos en el mundo musical, porque, como no podía ser de otra forma en un niño nacido en el 73 y, para colmo, carne de parroquia, la guitarra española hubo de aparecer en mi vida.

La guitarra... Esa segunda opción. Ahora la cosa ha cambiado mucho y no es raro que cuando los padres, sea cual sea su condición económica o social, quieren que sus hijos toquen un instrumento, optan sin pasar vergüenza por aquellos presentes en las orquestas. En la década de los setenta no era así. El niño o la niña tenían que tocar o el piano o la guitarra. Si la familia tenía una situación económica desahogada, podías elegir, pero si eras de origen humilde, estaba claro: ¡la guitarra! Bueno, en realidad, también esta-

ban la bandurria o el laúd, pero los padres obviaban estos instrumentos para que más adelante su niño no fuese carne de tuna, con todo lo que eso conlleva.

Tengo que decir que, aun siendo la guitarra un instrumento más difícil y desagradecido que el piano —esto los pianistas lo negarán siempre, pero los guitarristas lo defenderán, con razón, hasta la muerte—, no me arrepiento de haberme decantado (obligado) por el instrumento de España. ¿Sabéis lo que es estudiar un instrumento que jamás sacarás de tu casa para tocar en público? ¡Pensadlo por un instante! El niño empieza con un pianito simple, incluso eléctrico, pero ese niño va creciendo y pasando de curso, y le va pillando el gustillo al pianito, hasta que llega el fatídico día: «Papá, con esta bazofia de piano vertical he tocado techo y necesito uno de cola. He visto un Schimmel tirado de precio por 20.000 euros». Y ahí viene la tragedia familiar, que incluye, en muchos casos, un involuntario nomadismo a otro hogar para meter un muerto de 400 kilos que, por otra parte, tu futuro concertista frustrado —eso dalo por hecho— nunca podrá tocar en otro sitio que no sea en tu *achuchada* sala de estar. Pero mola tener un piano de cola en casa, ¿eh? ¡Decora un montón! Cuántos oboístas, trompistas y violonchelistas habría en el mundo si muchos padres hubiesen ido a una médium antes de decidir estas cosas.

En fin, como os estaba contando, la cosa es que yo empecé a estudiar nuestro instrumento nacional. Mi primera guitarra costó 6.000 pesetas, 36 euros... ¡Y no era un mal instrumento! Lo que pasa es que entonces aún no había llegado el euro con las *rebajas*. Mi padre me la compró en la Cuesta de Gomérez, la empinada calle que parece el

Annapurna en un mal día y que te lleva directamente del centro de Granada a la Alhambra. La adquirió en un constructor histórico de la capital nazarí: Casa Ferrer. Tengo 46 años y todavía recuerdo su olor. ¡Es increíble! Escribiendo esto, décadas después, me acuerdo de aquella funda de plástico con cuadros escoceses y del perfume, mitad madera, mitad barniz, que emanaba de aquel instrumento.

Mi primera profesora se llamaba Emi Cayuela y era la vecina del tercero. Ella ya había empezado su carrera como locutora de radio y, con el tiempo, logró convertirse en una mítica radiofonista de la Cadena SER de mi ciudad. Me encantaba ir a clase con ella. ¡Qué importantes son los profesores en los inicios de cualquier cosa que queramos aprender en la vida! ¡Cómo pueden cambiártela de manera definitiva! Emi hizo que me enamorase de la guitarra y, lo más fundamental: ella fue la primera que me enseñó a escuchar la música. En sus clases, hacía algo que nunca más he vuelto a ver hacer a nadie. Me sentaba en una silla, me ponía un Nesquik —sí, yo soy de esos—, se iba al tocadiscos, ponía un vinilo, se giraba y me decía: «A ver, José, ¿qué instrumentos están sonando en esta canción?». Batería, guitarra, bajo, violín... Los iba identificando uno a uno. ¡Emi me estaba educando el oído!

Después de esta actividad, empezábamos a tocar. La idea era aprender acordes básicos para «sacar» de oído mis canciones favoritas. Este método para iniciarse cuando eres un crío me parece ideal, porque empiezas a tener resultados muy pronto. Tanto es así que, pocos meses después de empezar con Emi, toqué mi primera canción. No, no fue ninguna de Parchís, ni de *Los payasos de la tele*. ¿Después de tantas líneas y aún no me conocéis? El primer temazo que

conseguí acompañarme con la guitarra fue... ¡*El jinete!* ¡Otro dramón de mi tierna infancia! Esta canción es una ranchera: «¡Por la lejana montaña va cabalgando un jinete, vaga solito en el mundo y va deseando la muerte!». ¡No os imagináis el triunfo que obtuve!

Las primeras en escucharlo fueron las vecinas del patio, que ya no eran vecinas, ¡eran fans! Sin embargo, con ellas era muy fácil: tenía que salir al mundo real, que, con esos años, no es otro que el cole. Allí me fui con la guitarra a conquistar mi pequeño mundo. ¡Y vaya que lo hice! O eso creo recordar... ¿Sabéis lo que es para un niño de siete años ser escuchado por la seño y todos los compañeros? Y, por encima de todo, por todas las compañeras. Mientras cantaba, miraba con cara de cordero degollado a Mónica, mi segundo gran amor y mi segundo gran fracaso sentimental. Qué ojos tan bonitos tenía, la *jodía*. Nunca le dije nada porque ya de niño tenía un problema de ligero sobrepeso que, al ir creciendo, dejó de ser *ligero*. Por entonces, me llamaban *culito de panadero*.

Aquel año, el de mi debut con instrumento, era el de mi primera comunión. Hace una eternidad que no voy a una comunión y no sé cómo van los niños vestidos hoy en día para este acto religioso, pero, cuando yo la hice, lo normal era ir ataviado con traje de marinerito. Mi pobre madre se recorrió conmigo todos los negocios de corte y confección de Granada en busca de un pantalón de marinero que diese cobijo a mis prominentes posaderas infantiles. No hubo suerte y solo un traje desechado por el resto de la población de mi provincia me sirvió a mí. Era una especie de disfraz de dictador panameño... Sí, hice la primera comunión vestido de *dictadorcito* centroamericano.



Mi primera comunión.

Aquello no pudo conmigo. Sigo aquí.
Ahora, si me lo permitís, me pongo serio.

YO CONSEGUÍ VENCER EL ACOSO ESCOLAR GRACIAS A
LA MÚSICA Y AL HUMOR.

Os puedo asegurar que era carne de ser un crío acosado. Gordito, con gafas durante una época... Tenía todas las papeletas. Era diferente. Absolutamente diferente a los demás. Y los niños, a veces con una crueldad incomprensible, siempre se ceban con el débil o el diferente. Tal vez vosotros, si sois padres, encontréis en la música una actividad perfecta para potenciar la autoestima de

vuestros hijos en etapas escolares más complicadas. Meterse detrás de una guitarra, un violín o un clarinete no es esconderse: es poseer y usar un escudo digno del más fuerte superhéroe.

Yo siempre me agarré con inconsciente fe a dos de esos poderosos escudos: la música y el humor. Aprendí enseguida que, en aquel entonces, la única manera de escapar de risas y burlas era anticiparlas uno mismo. Siempre era el primero en reírme de mí. También me di cuenta de que, gracias al humor y a la música, no es solo que no me acosaran, sino que me hice moderadamente popular. Tanto que no me dejaban el último cuando se elegían los equipos de fútbol. ¡Todo un éxito!

¡El humor y la música como troyanos del *bullying*! Iba con mi guitarra a todos lados, cantando las dos o tres canciones que sabía tocar, además de todo el repertorio eclesiástico, claro: *Tú que has venido a la orilla; Ven, ven, Señor, no tardes; Padre nuestro, tú que estás...* Fui testigo del efecto mágico de la música de primera mano. Era alucinante como aquellas, mis pequeñas bestias contemporáneas, se sentaban a mi alrededor a escucharme. Y como terminábamos cantando todos juntos.

¡LA MÚSICA NO SOLO AMANSA A LAS FIERAS, TAMBIÉN
LAS UNE, AMIGOS MÍOS!

Y no hace falta un estudio que cueste millones de euros para comprobarlo. Tan solo hace falta mirar a un gru-

po de niños o jóvenes cantando alrededor de una guitarra.

Mi guitarra María —así la llamé, como buen peque hortera que era— y su música me acompañaron siempre a partir de entonces. Hubo, sin embargo, un momento crítico en aquella evolución, que fue cuando mis padres se empeñaron en que estudiase aquel instrumento de manera reglada. Me arrancaron de las lecciones de Emi Cayuela y me llevaron a las Juventudes Musicales de Granada para que «hiciese carrera». Y claro..., descubrí el sistema de enseñanza musical de la época, que era una tremenda fosa común de vocaciones musicales incipientes.

Lo primero que hacían era apartarte cruelmente de tu instrumento durante un año entero para ponerte a aprender solfeo a palo seco. Me veo obligado a recordaros que un año, cuando tienes siete, te parece una minivida entera. Ahora, con 46, se pasan volando. Imaginaos todo un puñetero año: «Do, mi, fa, sol, la, sol, fa, re, do...». Que a la de *Sonrisas y lágrimas* se la veía muy feliz con ese rollo, pero os aseguro que es un verdadero coñazo. Con el paso del tiempo, he comprendido que aquello era como esas carreras de ciencias en las que, si no tienes buena suerte y te tocan buenos docentes, de los que saben transmitir su pasión, el primer curso te quita las ganas no solo de estudiar, sino de vivir. Es la *gran criba*. Si pasabas ese año, era probable que continuaras. Pero yo, que, como os decía antes, era bastante vago para algunas cosas, sucumbí enseguida.

Cuando muchos años después, al dedicarme profesionalmente a la música, tuve que aprender el maldito solfeo,

la vida me dio mi ración de karma, y me vi obligado a ir a clase con pequeños monstruitos de ocho y nueve años que se reían de mi torpeza de señor mayor... de diecinueve. Lo triste era que, más de una década después, poco o nada había cambiado en la enseñanza musical.